

experiencia y sus formulaciones, o de las contradicciones, para él inconscientes, entre varias afirmaciones, o de la involuntaria vehemencia de uno u otro sentimiento. Es el pequeño detalle en la conducta y la expresión el que es importante para la investigación psicoanalítica; no el que está incluido en afirmaciones generales de opiniones y creencias. El método usado en el cuestionario interpretativo permite obtener conocimientos de estos pequeños detalles, que forman la base principal de la interpretación.

Los resultados de la aplicación del cuestionario interpretativo en el estudio alemán fueron muy alentadores. Un cuadro bastante claro se obtuvo de los autoritarios, los antiautoritarios y los caracteres ambivalentes, que tenían coherencia consigo mismos; al terminarse la elaboración estadística final, resultó que concordaba de una manera general con los acontecimientos ocurridos durante el periodo nazi. En términos generales, cerca del 15% de los interrogados mostró un carácter marcadamente antiautoritario, cerca del 10% un carácter autoritario y cerca del 75% un carácter ambivalente. La suposición teórica original fue así corroborada por los hechos, aunque no necesariamente de acuerdo con estas cifras exactas. La gran mayoría de los obreros alemanes no se convirtieron en ardientes luchadores contra el nazismo, ni en ardientes partidarios de los ideales nazis. (Aun las últimas elecciones de representantes sindicales celebradas en Alemania bajo Hitler mostraron que sólo una minoría de la gente votaba por los representantes nazis de gremios, a pesar del terror y la intimidación, por lo que Hitler suspendió estas elecciones.) Entre los obreros y empleados alemanes hubo una minoría que se hizo nazi. Probablemente constituía menos del 10%. Hubo una minoría de obreros empeñados en la lucha clandestina contra Hitler, o, si no activamente dedicados, por lo menos clara y fuertemente opuestos al sistema de Hitler; los campos de concentración hitlerianos se llenaron con ellos. Tampoco aquí tenemos estadísticas que nos digan exactamente si constituían cerca del 15%, pero creemos que la mayoría de los observadores de la escena alemana bajo Hitler convienen en que la división entre los tres tipos de caracteres, aunque no necesariamente con exactitud, corresponde en una proporción considerable a la encontrada en nuestros resultados.²⁶

Este volumen constituye un intento por aplicar el método del cuestionario interpretativo a la estructura de carácter de los campesinos mexicanos en forma más amplia y con métodos más refinados, acerca de los cuales tratarán los capítulos.

²⁶ El tema del carácter autoritario fue tratado posteriormente con métodos más refinados a los usados en el estudio original, en la obra de T. W. Adorno *et al.*, *The Authoritarian Personality*, Harper & Row, Nueva York, 1950.

EL COMPLEJO DE EDIPO: CONSIDERACIONES SOBRE EL DESARROLLO DEL EGO Y LA INTERACCIÓN PARENTAL *

David Schechter

EL OBJETIVO de este artículo es examinar dos aspectos en la aparición y resolución de la fase edípica del desarrollo humano: 1) la contribución del desarrollo del ego (cognoscitivo-afectivo) del niño; 2) la naturaleza de la respuesta parental y familiar, y su influencia transaccional o "retroactiva" sobre este desarrollo.

El complejo de Edipo puede considerarse como una realización psicológica individual que requiere condiciones previas específicas relativas al desarrollo del ego, las cuales dependen de un adecuado crecimiento e integración del conocimiento, el afecto y las relaciones interpersonales. Aunque pueda considerarse una realización, el complejo de Edipo representa una constelación de fuerzas que es dolorosa y conflictiva, por lo que requiere determinación. En este artículo sólo podremos rozar algunas variedades de esa constelación.

Al tratar de definir el término "complejo de Edipo" no encuentro una expresión más clara de la dificultad que ello implica, que ésta de Erikson [5]:

Este término, desde luego, ha complicado las cosas en cuanto compara lo que hay que elucidar en la niñez con la interpretación de la historia del Rey Edipo. De este modo, el nombre establece una analogía entre dos incógnitas. La idea es que Edipo, que inadvertidamente mató a su padre y se casó con su madre, se convirtió en un héroe mítico que en el escenario provoca intensa piedad y terror porque poseer a la propia madre es un deseo universal, universalmente declarado tabú.

El psicoanálisis verifica, en la labor diaria, la sencilla conclusión de que los niños vuelven su primera afeción genital hacia los adultos maternos que por otra parte han dado afecto a sus cuerpos y desarrollado su primera rivalidad sexual contra los poseedores genitales de estas personas maternas. El concluir, como lo hizo Diderot, que, si el niño tuviese la fuerza de un hombre, violaría a su madre y asesinaría a su padre, es algo sin sentido. Porque si tuviera esa fuerza ya no sería un niño y no tendría necesidad de permanecer con sus padres; y en ese caso podría simplemente preferir otros objetos sexuales. En su situación, la genitalidad infantil se vincula con los protectores y los ideales de la niñez y sufre las complicaciones internas que de ello derivan (pp. 82-83).

* Versión ampliada de una charla ("El complejo de Edipo revisado") pronunciada ante la Sociedad Psicoanalítica William Alanson White, 1965.



Fromm consideró [14] la esencia del mito de Edipo como una lucha entre el padre, que trata de mantener el orden patriarcal, y el hijo que se rebela contra el padre autoritario en defensa del sistema matriarcal. Según Fromm, el vínculo matriarcal está basado no en un anhelo primariamente sexual e incestuoso, sino más bien en poderosos “lazos de sangre” pregenitales, asociados con una devoción incondicional hacia la madre y la aceptación de cada hijo por ella. Contraponen este apego incondicional al orden matriarcal, a la devoción por Yocasta (la esposa-madre de Edipo), que estaba dispuesta a matar a su hijo con tal de salvar a su esposo. (También podemos examinar la determinación de Yocasta desde el punto de vista del conflicto entre mantener la exclusividad del vínculo marital y la del vínculo entre madre e hijo, considerado contrario.)

Cuando Freud expone por primera vez el complejo de Edipo [8] —en una sección de *La interpretación de los sueños*, que se refiere a sueños sobre la muerte de personas queridas—, distingue meticulosamente el concepto de muerte en la mente del niño, del mismo concepto en la del adulto. Para probarlo, aporta una serie de citas anecdóticas infantiles; éstas indican que el deseo de muerte en el niño se refiere a un deseo de que el molesto rival simplemente “desaparezca”. Reconoce con claridad que el niño tiene un concepto limitado de la eternidad, el acabamiento y los demás elementos asociados a la visión de la muerte, propia del adulto. Esta claridad y precisa distinción entre la concepción infantil y adulta no siempre está presente cuando Freud y otros psicoanalistas hablan del anhelo “incestuoso” del hijo por la madre que, en el fondo, es la piedra angular del complejo de Edipo, como fue presentado originalmente.

Sin embargo, Freud, en su artículo de 1931 sobre la *Sexualidad femenina* [4], se impresionó profundamente ante el impacto de la experiencia preedípica sobre el desarrollo de la fase edípica. Advirtió que la fuerte adhesión de la hija pequeña a su padre ha sido precedida con frecuencia por una “fase de adhesión a la madre, igualmente fuerte y apasionada”, cuya duración ha sido muy subestimada. Por eso Freud procedió a revisar radicalmente su esquema edípico original cuando dijo, refiriéndose a la fase preedípica:

Puesto que durante esta fase (preedípica) hay ocasión para todas las fijaciones y represiones que consideramos como origen de la neurosis, parece que *tendremos que retractar en su universalidad la afirmación de que el complejo de Edipo es el núcleo de la neurosis*. Pero si alguno se resiste a adoptar esta corrección, no tiene que hacerlo. Ya que, por un lado, *podemos extender el contenido del complejo de Edipo para que incluya todas las relaciones del niño con ambos padres*, o, por otro, podemos mostrar nuestro legítimo reconocimiento a los nuevos hallazgos diciendo que las mujeres alcanzan la positiva situación edípica normal solamente después de superar una primera fase dominada por el complejo negativo (lo cursivo, mío).

Más adelante, en el mismo artículo, Freud reconoce con Lampl de Groot que los hijos atraviesan una fase preedípica “completamente idéntica” a la

descrita para las niñas y hasta estaba de acuerdo con esta proposición: “la actitud de la hija pequeña respecto a la madre incluye actividad sexual (fálica)”.

Aunque se pueda estar en desacuerdo con algunos aspectos de esta afirmación (así, por ejemplo, que la fase preedípica es “completamente idéntica” en niños y niñas) he citado éstas y otras frases de Freud para dar a entender que una búsqueda intensiva ha comenzado a rastrear las primeras formas de relación del niño con sus padres. Dos omisiones iniciales notables en esta búsqueda han dado origen a dos importantes líneas de desarrollo en la teoría psicoanalítica:

1) Se ha discutido sobre el “hijo” sin tener en debida cuenta los aspectos estructurales de su ego en cualquier periodo preciso de su desarrollo. Esta falla dio lugar a un estudio intensivo de la psicología del ego, especialmente a partir de una estructuración de desarrollo.*

2) Se ha considerado que el niño se desarrolla según un “proyecto fundamental”, instintivo, más bien fijo (oral, anal, fálico), y se ha prestado poca atención al ambiente familiar y cultural específico que constituyen variadas y poderosas fuerzas modeladoras del ego. De esta necesidad surgió el desarrollo de las “escuelas culturales” que, sin embargo, rara vez han operado según una estructuración detallada del desarrollo del ego. Erikson, ciertamente [5], nos ha presentado un modelo teórico en el que los marcos de referencia, cultural y de desarrollo, aparecen combinados, pero la promesa de esta estructuración no se ha cumplido aún.

Estas dos direcciones teóricas de desarrollo nos han ayudado para pasar de la tendencia simplista de “explicación por reprobación” —ya sea reprobando la perversidad del niño o la patogenicidad unilateral del progenitor (por ejemplo, la “madre esquizofrenógena”)— a un tipo de interrogante complejo y transaccional: ¿qué evoca este niño concreto en este estadio preciso de su desarrollo, en este progenitor particular, en esta familia y subcultura determinadas? Y, ¿cómo se comporta este progenitor con este hijo en este estadio particular? ¿Cuáles son las transacciones, los convenios mutuos y los influjos recíprocos entre las personas en interacción? **

Desarrollo del ego preedípico

Para poder comprender los logros y el papel de la fase edípica se ha de examinar con cierto detalle cuanto ha sucedido con anterioridad, especialmente en el campo de la vinculación social específica del hijo con la madre. La teoría psicoanalítica clásica ha sostenido que el lazo social entre el infante y la madre es secundario, por derivarse de satisfacciones unidas a los instintos impulsivos primarios, que, a su vez, son “anaclíticos”, es decir, “apoyados” en necesidades conectadas con la autopreservación. Por ejemplo, los impulsos orales se “apoyarían” en el alimento y la satisfacción del hambre.

* Véase, por ejemplo, *The Psychoanalytic Study of the Child*.

** Véanse los penetrantes estudios de Sander [26] y Escalona [7].



Se dice que, por la experiencia de ciclos repetidos de necesidad, frustración y satisfacción, el infante construye gradualmente una imagen íntima de su madre que se convertirá en la base de la dependencia e integración sociales del niño. Lo que la investigación ha descubierto últimamente acerca del niño no invalida, a mi parecer, estos supuestos; más bien indica que son unilaterales y restrictivos. Ha llegado a ser evidente (gracias a la obra de investigadores como Wolff [34], Rheingold [25], Schaffer y Emerson [27], Benjamin [1], Harlow [17] y otros), que otras formas de estímulo —visual, auditivo, cinético y táctil— son definitivas en el desarrollo de la vinculación social específica con la madre, por la que el niño llega a distinguirla de todas las demás personas que le rodean. Ya en las primeras semanas de su vida, es capaz de distinguir complicadas configuraciones de estímulos visuales y auditivos, en un grado muy superior a lo que anteriormente se creía posible. Uno de los espectáculos más interesantes para el niño es el rostro humano, con sus ojos bailadores y brillantes, con sus músculos siempre en sutil movimiento (como cuando sonríe); su contemplación se une frecuentemente a interesantes y variadas vocalizaciones. Además, va desarrollando una propensión en el compañero social (la madre) a sonreír, vocalizar y moverse cada vez que el niño lo hace, creando de este modo un sistema recíproco y concatenado de “comunicación” que, en su mayor parte, está compuesto de expresiones afectivas. Al principio éstas son presimbólicas, es decir, preverbales y pregesticulares. Como Escalona [6] y Sullivan [32] han descrito tan atinadamente, cuanto más experta es la madre en lograr “leer” las diversas vocalizaciones y movimientos del niño, como poseedoras de una *intención comunicativa*, más experto llega a ser el niño en el desarrollo de la comunicación intencional, que al principio consistirá en gestos rudimentarios, vocales o motores y, finalmente, en lenguaje simbólico.

En pocas palabras, mientras que originalmente la vinculación social con la madre se creía basada en el alivio de las necesidades biológicas (hambre, frío y demás), incluyendo la necesidad de placer oral, y más tarde, las necesidades de contacto, actualmente se considera el papel de estimulación del receptor a distancia como una profunda fuente de vinculación social. Avanzando un poco más, hemos de subrayar que la *estimulación y correspondencia mutuas* (por ejemplo, relación visual mutua, sonrisa, vocalización, tacto, imitación, juegos y comunicación) viene a ser la trama de la primera relación social del niño y el vínculo madre-hijo.

En el primer año de vida encontramos una progresión, desde la conducta que puede al principio ser descrita principalmente en términos fisiológicos (o sociales), hasta la conducta que llega a estar dotada de significación, “psicológica” y simbólica; una progresión que en la medida de la evolución solamente es equiparable a milenios sin número. Entre los primeros 12 y 15 meses percibimos con evidencia la diferenciación entre la experiencia del *self* y de lo ajeno al *self* y la discriminación de la madre como un ser del todo especial. Se dan, además, los principios de la representación mental íntima de cada una de estas categorías de la experiencia. Sabemos algo acerca de este desarrollo gracias a la observación de la sonrisa del niño, de su vocalización, de su comportamiento visual y receptivo, cada vez más selectivos y

preferentes, en relación con la madre tanto como frente a otras personas. Hay razones para pensar que, en un momento entre los cuatro y los seis meses, el niño llega a la discriminación visual de su madre [1] y que, mientras durante los tres primeros meses cualquier niñera razonablemente hábil —con un estilo similar al de la madre— puede tranquilizar a un niño inquieto, muy pronto tan sólo la madre u otra persona familiar será capaz de hacerlo.

Hacia los siete u ocho meses pueden presentarse dos formas dramáticas de comportamiento que revelan la intensa y específica vinculación con la madre. El infante, aun en presencia de la madre, puede manifestar una *reacción ante los extraños* que va, desde quedarse tranquilo, mostrar sorpresa cohibida, aversión o recelo, hasta una reacción de pánico en la que el niño muestra terror, grita con energía y se aparta del extraño, hundiendo su cabeza en el seno de su madre. Una segunda reacción —relacionada con una *angustia de separación*— se revela cuando la madre se ausenta del campo perceptivo del niño. En un principio, Freud y Spitz [31] pensaron que estos dos fenómenos tenían como base una dinámica similar: el miedo del niño a perderse o a que su madre le abandonase. Pero Benjamin [1] relató una observación más seductora: aunque las reacciones ante el extraño y ante la separación obviamente están relacionadas de un modo dinámico y tienden a mostrar estadísticamente una correlación positiva, se dan niños con alta angustia de separación y baja reacción ante los extraños, lo mismo que al revés. Benjamin opina que existe un primitivo *miedo al extraño* más global que precede a la reacción ante el extraño y actúa sobre ella, en cierto modo, con independencia del miedo a perder a la madre.

Durante el *segundo año de vida* se dan ciertos comportamientos indicadores de que el niño, no sólo puede discriminar y valorar selectivamente a su madre, sino de que ha comenzado a representarla mentalmente con caracteres de creciente *permanencia y objetividad*. Aun ante la frustración o durante una ausencia limitada, ordinariamente la madre continúa siendo preferida y central en la vida del niño. La evidencia de que se ha logrado la “constancia del objeto” en sentido psicoanalítico —contrastando con la puramente cognoscitiva “permanencia del objeto” de Piaget— no es bajo ciertos aspectos empírica, pero algunos comportamientos indican que a la madre se la representa mentalmente y se la reviste de intenso afecto. Por ejemplo, el niño se dirige verbalmente a su madre o a sus pertenencias y la llama cuando se ausenta. Su incipiente acción dramática revela que no solamente imita el comportamiento de ella, sino que llevando a cabo identificaciones cada vez más estables, adopta conductas que tipifican la actividad materna proveedora, auxiliadora, protectora y confortadora (Schecter [28]). Pensamos que la estabilidad de las imágenes intrapsíquicas y de los símbolos referentes a la madre, ya relativamente permanentes, tienen una importancia definitiva para contrarrestar la creciente vulnerabilidad del pequeño ante la angustia frente a los extraños y la separación (vulnerabilidad acrecentada, por un lado, por el mayor alcance locomotor y, por otro, por su mayor capacidad para experimentar, cognoscitiva y emocionalmente, que su madre es una persona realmente *separada de él* y de los demás) y como un ser que puede oponerse a sus deseos y retirar el afecto cuando él es “malo”.



Ciertamente persiste la fusión de las imágenes de sí mismo y de la madre. El pequeño atribuye sus propias experiencias a su madre (proyección) y asume como parte de sí mismo actitudes que percibe en su madre (introyección).^{*} Se da, simultáneamente, una diferenciación progresiva del sentido del *self*; y se percibe su grito de guerra por la autonomía y el señorío en su “yo, yo”, mientras que su “mío, mío” proyecta las tendencias de propiedad y posesión —si no territoriales— del niño. Aunque ya pueda distinguir a la madre como una persona separada, especialmente en momentos de necesidad, es coenvuelta (y frecuentemente confundida) con el “yo” y el “mío”. Por eso, cuando la madre desaparece o no ejecuta las funciones que de ella se esperaba, el *self* experimenta una de sus primeras y mayores sacudidas ante la amenaza de desamparo y aniquilación —amenaza que se asocia con el miedo a la *separación y el abandono*. Bowlby [4] nos dice que Laura, hospitalizada cuando tenía dos años y cinco meses, reprochó a sus madre, *seis meses después* (cuando por casualidad vio una película de su hospitalización), con esta frase: “¿Dónde estabas, mamá? ¿Dónde estabas?” y rompió a llorar, dirigiéndose a su padre en busca de consuelo. Este ejemplo proporciona una descripción, en una niña ya algo mayor verbalmente, de la profunda *sensación* temprana de *hiriente desilusión, traición y reproche* basada en la vulnerabilidad a un *sentimiento de desamparo* que el pequeño es capaz de experimentar cuando el fuerte vínculo con la madre se ve amenazado.

*De la pareja simbiótica al triángulo edípico ***

Durante la fase que hemos estado describiendo (aproximadamente el segundo año y la primera parte del tercero), el niño y la madre están íntimamente vinculados, de un modo que podríamos llamar “simbiótico” (aunque las dos partes tratan simultáneamente de emerger de lo que Mahler [22] ha calificado como “unidad dual”). A pesar de las frecuentes oscilaciones entre estados de mayor o menor diferenciación y separación entre sí mismo y el otro, queremos poner de relieve la *sensación de exclusividad* del niño (y de la madre) en su relación durante este periodo. Podemos observar una cualidad de parte a parte, intensa, envolvente con frecuencia, que tipifica lo que puede calificarse de relación preedípica o “pareja simbiótica”. Desde el punto de vista del niño la cualidad exclusiva de la vinculación no se basa solamente en la correspondencia de la madre, *en este momento* exclusiva, con su

^{*} Téngase en cuenta que, aunque usemos estos términos en el sentido arriba descrito, se entiende que en la proyección y la introyección existe un “elaborador” individual de la experiencia, nacido de la capacidad del niño para organizar activamente la experiencia (Cf. Sullivan [32]). Por otra parte, los términos empleados, y hasta el concepto de “personificación”, de Sullivan, se refieren en gran parte al resultado final, pero conocemos muy poco acerca de los *procesos* mentales en sí mismos, asociados con este mecanismo.

^{**} A no ser que se indique otra cosa, el triángulo edípico se refiere a la madre, el padre y el hijo; ambos reflejan la tendencia analítica masculina al pensamiento egocéntrico, “chauvinista” sobre estos temas, y también una relativa ignorancia en cuanto a la experiencia, del desarrollo de la niña.

hijo —es decir, su estilo individual de ser madre o el de la subcultura de una familia particular—, también tiene relación con la inmadurez en el desarrollo cognoscitivo del niño. A no ser que el niño sea precoz en el campo conceptual (lo que, ciertamente, suscita otros problemas), la madre es una compañera cuya presencia, en el caso de que exista, es dada por supuesta, y no de un modo verdaderamente diversificado y objetivo en el sentido de que pudiera conocer que ella es una madre entre otras madres y él un hijo entre otros hijos.

Ya entre los *años tercero y quinto de su vida*, el niño comienza a abstraer y *generalizar* a los miembros de la familia, los papeles y las situaciones, en este momento ya bastante concretos. Emerge, de la suposición egocéntrica de las situaciones “yo-tú”, una consciencia creciente e importante de que hay mamás, papás y niños entre los cuales él es uno más. Ahora puede concebir un mundo interpersonal de más alto nivel —el triangular “yo, tú y el otro” (todavía no el “otro generalizado” de G. H. Mead). En este esquema de cosas cognoscitivo-afectivo, resulta cada vez más evidente (frecuentemente demasiado doloroso) que mamá no es ya “totalmente mía”. Alcanzar este mundo interpersonal triangular supone un nuevo resquebrajamiento en potencia de la creciente autoidentidad: ya no soy el único exclusivamente amado y admirado por la madre (o el padre); el hermano, la hermana, el padre pueden también apropiársela. Puedo intentar todo cuanto está en mis manos para restablecer la unidad exclusiva —más tarde por medio de actos edípicos heroicos y gloriosos en la fantasía o en la realidad—, pero las bases del doloroso desengaño y la *desilusión ante el ideal simbiótico* están firmemente establecidas. Este desarrollo, por supuesto, sirve asimismo de fundamento para avanzar hacia un grupo social y, finalmente, para valorar a sus semejantes de manera similar a como anteriormente valoraba a los propios padres.

Conjuntamente con este nuevo nivel de conocimientos, las circunstancias de la “realidad” de la vida crean ordinariamente situaciones en las que el niño experimenta que él es “un ser que sobra”, ya sea por el nacimiento de otro hermano, que está más próximo a sus padres, o porque su madre se ha liberado para dedicarse a otros intereses. Cuando las circunstancias de la realidad no estimulan este aflojamiento de los lazos simbióticos, nos encontramos ante una situación potencialmente patógena en la que el niño permanecerá unido en exceso a la madre tanto funcionalmente como en su percepción propia del mundo interpersonal. Clínicamente nos encontramos con casos como éste en todas las edades; el paciente se siente simplemente “intitulado” a ser cuidado por la madre —según todas las modalidades previamente descritas— de un modo inapropiado, indiferenciado e indiscriminado. Todos buscamos el cuidado maternal; los anhelos simbióticos perduran a lo largo de la vida como una fuerza fundamental. Sin embargo, para los que han *alcanzado* la fase edípica, como se describió más arriba, estos anhelos simbióticos entran en conflicto con la nueva visión del mundo. La madre (y más tarde los íntimos) se experimentan también *en relación con “los otros”*, a los que ahora el niño puede concebir y dramatizar de diversos modos:



como intrusos, rivales y enemigos.* En este grado de desarrollo, el “monstruo de ojos verdes”, los celos, en su ya madura forma edípica, trae un séquito de dolorosos afectos relacionados. Al intruso —que puede ser un nuevo hermano o el padre— “se le quiere lejos”, un deseo que se asociará en el niño ya mayor con el deseo de muerte y con todo el culpable temor por tales deseos, que la consciencia hace soportar. Como en nuestra sociedad se responde con tanta frecuencia a las manifestaciones de celotipia con angustia y tajante desaprobación, el niño probablemente se llenará de angustia, vergüenza y perderá estima propia cada vez que siente celos. Además, al sentir celos se cierne sobre el individuo la amenaza de verse revelada su lucha subyacente por la plena y exclusiva posesión —una forma de codicia que comporta severas sanciones sociales, inclusive el ridículo y el disgusto.

Al salir de la exclusividad simbiótica, el niño puede también desarrollar un nuevo complejo de afectos hacia el amado lo mismo que hacia el rival. Podría parecer que hay dos formas de celos triangulares en los niños y en los adultos. En una, la desilusión del niño y la consiguiente ira se dirigen casi por completo contra el rival, mientras que el amor a la madre permanece relativamente incontaminado y sin ambivalencia. La otra forma de celos revela hostilidad que se dirige a ambas partes, incluida la madre. El primer tipo me parece más benigno ya que el objeto del amor no se ve amenazado por impulsiones hostiles y destructivas. De hecho, como indica M. Klein [20], en algunas partes, como Francia, el asesinato del rival es perdonado en la suposición de que el amor al amado esté aún “puro”. Parece que estos dos diversos tipos de celotipia son tipos ideales, mientras que, en la realidad, podemos pensar que los afectos descritos anteriormente se combinan con diversos grados de intensidad y consciencia.

En todo caso, el niño edípico padece una *sentimiento de ser defraudado* en lo que es suyo —en su mente, su posesión exclusiva de la madre—, y puede relacionar causalmente este sentimiento de pérdida, con su madre tanto como con su rival. Siente entonces que la madre *ha quebrantado una promesa*, porque los niños interpretan como “promesa” lo que ordinariamente consiguen. Con esta sensación de haber sido traicionado se inicia el desarrollo de un ulterior complejo de afectos que incluye una tendencia a desconfiar, a *cenurar* y a buscar *justa venganza*, y más tarde hasta a mofarse y morder la mano que da de comer. El niño puede abandonar a la madre por el padre, por los hermanos o los semejantes o —en los casos más extremos— alejarse completamente de toda la gente real con una reacción autoaisladora y malévolas. Cada una o cada grupo de estas tendencias afectivas pueden llegar a fijarse crónicamente en normas caracterológicas para toda la vida, cuyo análisis probablemente revelará algunos aspectos del drama infantil subyacente cuyas características estamos tratando de describir. El análisis que Klein [20] hace de la envidia y los celos aclara que los últimos se asocian frecuentemente

* De algún modo es evidente en este estadio que “al otro” se le puede experimentar empáticamente por tener una igual necesidad de madre. Laura (*cf. supra*), de dos años y cinco meses, dijo a otra niña hospitalizada: “Lloras porque quieres a tu mamá. No llores. Vendrá mañana.” Conocemos muy poco sobre el desarrollo de tales afectos positivos.

con la *envidia*, ya sea a la madre que puede darlo todo, o al rival que puede ofrecer más que uno mismo. Una peligrosa consecuencia de los sentimientos excesivamente intensos de envidia y de privación es el embotamiento de la capacidad de gozar, que engendra tan sólo mayor sentimiento de privación y envidia.

Afortunadamente, en el caso de que se haya desarrollado una profunda reserva de básica confianza en sí mismo y en los demás, y se disfrute, simultáneamente, de un creciente *sentido de autonomía, iniciativa y competencia*, las primeras desilusiones inevitables pueden ser “absorbidas” por el ego, de tal modo que guarde un balance positivo de sentimientos que llamamos “esperanzador”. De hecho, se da en la relación del muchacho edípico con su madre un renacimiento periódico: “se enamora” de ella otra vez, se vuelve esperanzado, ocasionalmente adulator y la ve bajo una luz ideal; en parte tratando de disociar los malos sentimientos que ha tenido hacia ella y para volver a conseguir el sentido de su básica bondad. En efecto, puede “enamorarse”, tan sólo porque se ha “desenamorado” por la creciente consciencia de su alejamiento, de su falta de exclusividad y las limitaciones de sus derechos sobre la madre. Un niño de cuatro años que aún tenía exigencias de propiedad, graciosamente reveló su deseo de poseer y al mismo tiempo castigar a su madre, mientras privaba a sus rivales de la presa: “Quiero (madre) encerrarte en mi cama, y papá y Carlitos (el hermano de dos años) nunca podrán sacarte.”

Antes de que examinemos cómo un niño en edad preescolar hace frente activamente a la tarea edípica de abandonar o, más bien, *transformar* las formas primitivas de relación de tal manera que goce de alguna satisfacción en el presente y de esperanza para lo futuro, necesitaremos estudiar algunas formas de desarrollo del ego que caracterizan esta fase. Al mismo tiempo este examen nos proporcionará un modesto medio para calladamente ponderar la analogía entre el rey Edipo y el niño edípico.

Desarrollo ulterior (fase edípica)

El niño en edad preescolar ha comenzado a distinguir el *sentido del futuro y del pasado* [29]. Pregunta sobre el ciclo de la vida, la sucesión de las generaciones, su origen y sobre la muerte. Es cosa bastante interesante que el enigma planteado por la Esfinge y resuelto positivamente por Edipo se centrara exactamente en el *misterio del desarrollo del hombre* a lo largo de su ciclo vital. Al preguntar la Esfinge qué criatura camina sobre cuatro patas por la mañana, sobre dos al mediodía y sobre tres por la tarde, Edipo contesta que esa criatura es el hombre en su niñez, en su edad adulta y en su ancianidad. Los enigmas se derivan de la *curiosidad* y *asombro* ante la vida; y son signos del sano *niño edípico*. Su curiosidad está ahora equipada con armas cognoscitivas —y también con un intenso interés afectivo— que penetran y exploran, a menos que las embote la turbación y la perplejidad evasiva de padres y maestros.

Un niño de cinco años, durante mi primer encuentro con él en el hos-



pital, dijo lo siguiente: “Tengo dos preguntas; una, cómo trabaja el corazón; la otra... se me ha olvidado. Además, mi padre me dijo que no era una pregunta muy delicada.”

Su curiosidad sobre su origen y destino, como también sobre las ocultas partes sexuales y sus funciones, lleva al niño —si es lo suficientemente libre— a explorar los diversos ángulos de los misterios anatómicos y familiares. Mientras un niño de cuatro años puede encontrar difícil expresar la diferencia entre chicos y chicas desnudos, uno de cinco años tiende a tomar muy en serio las diferencias genitales. Tras de haber presenciado cómo ponían pañales a una niña pequeña, Carlitos, de cinco años, dijo a su madre: “¿Puedes soportar verla? ¿Verdad que no? No tiene pene. Está lisa. No tiene nada.” “¿Ni siquiera un canal para el parto?”, replicó Eduardito esperanzado. De un modo similar, las niñas pequeñas se dan cuenta y a veces se sienten claramente lastimadas por su carencia de pene. Los efectos caracterológicos a largo plazo de tales reacciones se han debatido ampliamente (Freud [10]), Horney [18], Thompson [33] y Moulton [23], pero nadie duda de que estas experiencias infantiles son reales y de significación potencial. Junto con las diferenciaciones psicosociales y anatómicas de los sexos, los niños tienen las primeras fantasías de unión entre los sexos; y éstas parecen estar caracterizadas, casi universalmente —al menos clínicamente— por grados variables de afecto agresivo y con frecuencia destructivo. Una niña de cuatro años, poéticamente precoz, lo planteó así en el kindergarten (y supongo que se refería a algo relacionado con su imaginaria de la “cópula sexual”): “En ese momento el tren se perdió de vista y los vagones pasaron con estruendo por encima de los peces nadadores. Entonces él saltó sobre una sirena y así es como fue arrojado a la orilla.” En todo caso observamos un desarrollo de la fantasía —y experimentación activa— respecto a las posibilidades de la *cópula*, tanto anatómica como social, entre macho y hembra.

Probablemente uno de los más funestos desarrollos de la vida emocional y mental del hombre es la tendencia a *fantasear*, que llega a su pleno florecimiento entre los tres y los seis años, aunque tenemos pruebas de su iniciación en el segundo año de vida. La fantasía, adoptando la forma de fábulas o escenas dramáticas, nos puede comunicar de un modo directo y claro lo que el niño piensa, imagina y siente en relación con su mundo íntimo, incluyendo sus deseos y temores. Una de las nuevas tendencias del ego que puede constituir una condición previa para fantasear y dramatizar consiste esencialmente en la capacidad de *re-crear el drama familiar en muchas de sus relaciones principales*. No queremos decir que la fantasía y dramatización no sean otra cosa que la reproducción de las relaciones familiares; al contrario, son la respuesta de la imaginación creadora del niño a la situación familiar. No descubrimos aquí simplemente “proyecciones” de escenas familiares “interiorizadas”; creemos más bien que el niño edípico ha “reelaborado” y combinado en una nueva forma simbólica sus imágenes, sus *insights* y afectos en relación al cuadro familiar. Puede decirse que una de las “formidables” funciones intencionales de la fantasía y de la dramatización es hallar soluciones de adaptación para los dilemas a los que se enfrenta el niño edípico. De todos modos, existe otro aspecto —el más lúdico— por medio del cual el niño

puede “descansar” (como Bárbara Biber [3] ha dicho) de la presión para adaptarse a las realidades sociales y físicas y “jugar” desempeñando papeles dramáticos alternativos (policía, bombero, mamá, papá, bebé) y con soluciones. En la dramatización y la fantasía el niño es creador de un dominio sobre el cual logra de nuevo derechos territoriales exclusivos; excepto cuando comienza a cooperar y cosecha el extraordinario placer de compartir una fantasía con otra persona real. En este sentido sus semejantes poseen un valor potencial que sus padres pronto comienzan a perder. En la medida en que el niño edípico no comparta sus fantasías, puede llegar a estar separado de su propia vida imaginativa o retroceder a un empleo defensivo más autístico de la fantasía que ahora le sirve para aislarse de la gente.

La fantasía edípica tiene amplia conexión —más claramente en el muchacho— con el poder. Sus imágenes se centran en lo que va a *llegar a ser*; las “mayores, más fuertes, más rápidas” imágenes son *idealizaciones* futuristas que en parte brotan de su capacidad para *comparar* su propia persona con sus padres, sus hermanos, sus semejantes. La comparación le revela con frecuencia que lamentablemente carece de poder, pero que posee una respuesta para este vacío: “cuando sea mayor llegaré a ser...” En éste su grado de desarrollo las identificaciones proyectadas al futuro se ligan firmemente a las actividades del sexo y del género y actúan, en parte, para la superación de su frágil posición en el triángulo edípico. Al mismo tiempo que le vinculan durante este periodo vulnerable, estas identificaciones le ayudan a defenderse de sentirse abrumado por la recurrencia periódica de los anhelos reprimidos de la unidad simbiótica preedípica. De este modo se pueden considerar las luchas edípicas —“casarse” con la madre (o con el padre), o tener con ella un hijo— como intentos de disipar vinculaciones más primitivas y alcanzar un lugar digno en la familia y, por ese camino, en el mundo. En conclusión, opino que las auténticas fantasías edípicas poseen, en grado diverso, tendencias potencialmente “regresivas” y “progresivas”, por ejemplo, un retroceso a la simbiosis preedípica y el avance para lograr las prerrogativas y poderes del adulto; fuerzas que podemos descubrir hasta en las relaciones más adultas, incluyendo el matrimonio.

La siguiente anécdota de un niño de cinco años puede aclarar un poco la complejidad de sentimiento unida a los deseos de posesión exclusiva de la madre, de heredar las prerrogativas del padre y de la necesidad de que el padre sea desplazado: Boris preguntó a su madre: “¿Cuándo podré casarme contigo?” Su hermana contestó irritada. “No puedes hacerlo, ya está casada”. Y Boris: “Podría casarme contigo cuando papá muera. No es que tenga que morir *ahora*, pero cuando sea más viejo y se muera, entonces yo podré casarme contigo y tú serás mi mujer.”

Otro niño de cinco años confesó su deseo de casarse con su madre y se puso a llorar con enorme sentimiento durante 15 minutos, cuando al parecer se dio cuenta de que el suyo era un deseo condenado al fracaso. Pareció aceptar el consuelo de sus padres: que todavía era un muchacho y tenía necesidad de sus padres, pero que algún día tendría



su propia familia. Tras de una catarsis intensa, salió a la calle con su padre de muy buen humor.

Tomando como base estas anécdotas conmovedoras junto con otros materiales verbales y de dramatización propios de la edad entre los tres y los cinco años, podemos deducir con verosimilitud: al desear el niño la muerte, normalmente se refiere a un "objeto-parte"; es como si dijera: "Márchate, mal padre-intruso; impides que tenga a mi madre como-fue-en-otro-tiempo-para-mí, toda para mí." Se puede demostrar clínicamente, lo mismo que por medio de la dramatización de los niños normales, que el *padre* es experimentado por el muchacho de los siguientes modos: 1) como destructor del vínculo preedípico exclusivo con la madre; 2) como rival en la lucha por futuras prerrogativas en relación con la madre; 3) como el que tiene en sus manos la autoridad y es tirano, juez y fiscal; y 4) como el blanco más seguro para la hostilidad desviada de la madre, cuyo amor ha de conservarse "puro".

Cada uno o todos estos aspectos sentidos respecto al padre pueden contribuir a desearle "lejos". Por otra parte, un padre enérgicamente autoritario es objeto de admiración para el niño al que ve cual *modelo de cómo separarse de la madre* y penetrar en el mundo de lo nuevo y extraño —con frecuencia amedrentador— con gran confianza en sí mismo. Se puede también sentir al padre como amoroso protector al que el niño necesita para combatir los deformados y aterradores monstruos de sus fantasías y sueños, y al mismo tiempo como protector contra la regresión hacia la vinculación simbiótica con la madre, cada vez más tabú. En la primera anécdota citada arriba vemos que la "muerte" del padre es pospuesta en el tiempo, separada del deseo prohibido y ligada a un destino impersonal y natural. A veces el deseo de muerte sin disfraz, sentido como asesinato, se hace consciente y el niño puede sufrir mucho por ello (dependiendo en gran medida de cómo responda en ese momento el padre).

¿Qué haremos con el deseo del niño de casarse con su madre? Ciertamente, es evidente que el niño "vincula su inclinación genital a los adultos maternos", y se dan francas fantasías, especialmente en las jovencitas, a propósito de tener hijos con sus padres. Pero yo considero que la fantasía del matrimonio posee otra raíz importante en el deseo de preservar, al mismo tiempo, cierta continuidad de la exclusiva unión simbiótica preedípica y así consigue por adelantado, en la imaginación, gozar del poder y prerrogativas de los padres adultos que, en la mayor parte de las sociedades, forman una pareja relativamente estable y exclusiva.

El niño, lejos aún de lograr su individuación plena, busca por medio de la fantasía del matrimonio una personalidad propia, viable en el futuro. Cuando un niño de cinco años habla de matrimonio a su compañera de clase, Susana, que cocinará para él, satisface un deseo de continuidad en la relación con su madre que le cuida y un deseo de ser como su padre, cuya esposa también cocina para él. No son pocos los problemas psicopatológicos que brotan de un rechazo posterior de la asociación psíquica entre esposa y madre. El problema para el adulto maduro no es anular (o negar) los anhelos simbióticos, sino encontrar medios que incorporen, más aún, trasciendan los

afanes primitivos simbióticos dándoles nuevas formas de interdependencia y mutua comunicación, pero sobre la base de la confianza en sí mismo, que puedan manifestarse en la propia entrega a individuos, grupos, al trabajo o a algún otro ideal [1].

Freud, en un trabajo bastante insólito y a veces notablemente "no-freudiano": *The Passing of the Oedipus Complex* [9], sostiene que el complejo de Edipo, normalmente, está sometido a "más que una represión... es equivalente a la destrucción y anulación del complejo". En ausencia de esta total destrucción (por razón de su "falta de éxito"), Freud predice que la simple represión "se manifestará más tarde en algún resultado patógeno". Mi impresión personal es que esta descripción hecha por Freud de la destrucción del complejo de Edipo es más un ideal que ha de lograrse —muy parecido a su "periodo de latencia"— que un relato de lo que sucede en la realidad. Percibimos la transformación de las aspiraciones preedípicas y edípicas en tan numerosas actividades humanas, que comprendemos que, sublimadas del modo que se quiera, estas aspiraciones continúan siendo fuerzas dinámicas durante toda la vida, para sufrimiento o para bienestar de la gente.

Como a los anhelos edípicos se les ha atribuido un significado tan omni presente, cargado de tabú criminal —para los padres y la sociedad, el niño y el paciente, y hasta para el terapeuta— con frecuencia resulta difícil entrar en contacto con los aspectos "positivos" de estas aspiraciones en el tratamiento terapéutico de adultos. Por "positivos" entiendo simplemente aquellos aspectos de las aspiraciones del paciente que son compatibles con el ideal de su ego y hasta indispensables; por ejemplo, en el caso de un hombre, que sea asertivo y evite humillarse sometiéndose a la autoridad, aunque esta autoridad sea la de su padre. Además, el esencial "crimen" edípico de ordinario se basa en gran parte en el *deseo del hijo de ser como el padre* en ciertos aspectos, aunque tenga envidia del poder del padre y esté celoso de sus privilegios maritales. La consciencia de la envidia, los celos y el antagonismo está generalmente tan cargada de angustia que resulta difícil darse cuenta de que la auténtica admiración puede coexistir con las luchas de antagonismo, y con frecuencia, en realidad yace bajo ellas.*

Influjo de las actitudes de los padres

No es nada extraordinario decir que la estructura familiar crea la situación edípica; sin embargo, es igualmente cierto que la impotencia biológica del niño pequeño parece haber exigido alguna forma de cuidado familiar.** Aunque podemos estar seguros de que la estructura social y familiar determina

* Cf. E. Fromm: *Serbis como Dioses*. [16] En el capítulo que trata de Dios, la descripción que Fromm hace de la evolución de las relaciones del hombre con Dios es de un sorprendente paralelismo (que retrospectivamente no nos sorprende) con la relación en desarrollo entre padres e hijos.

** G. P. Murdock encontró, en un estudio comparativo de 192 sociedades, que 47 se caracterizaron por ser familias nucleares, 53 por ser polígamas, pero no extensas, 92 por alguna forma de familia extensa. Es decir, todas tenían alguna forma de estructura familiar. Cf. Spiro: "Is the Family Universal? The Israeli case" [30] y "Are Parents Necessary?", de Bettelheim, B. [2].



las actitudes de los padres en amplio grado, tan sólo confiamos en poder explorar esas actitudes familiares con las que hemos establecido cierto contacto en el psicoanálisis de padres, en la terapia familiar y al estudiar unas pocas familias “normales”.

La relación marital con frecuencia está sometida a un desarrollo paralelo al que hemos descrito para el niño; moviéndose desde una vinculación dual casi exclusiva, a la relación tripersonal que incluye al nuevo hijo. Para algunos padres esta transición es relativamente indolora: parece que están maduros y preparados. En otros, el comienzo de una nueva familia hace salir a la superficie dolorosos conflictos no resueltos, provocados en el confuso pasado por la propia experiencia preedípica y edípica. Es digno de notar que los conflictos se apoyan en los mismos problemas que hemos estado examinando en el niño edípico; los sentimientos de privación, celos y envidia pueden ser reactivados en relación con el desequilibrio producido por el nuevo carácter triangular de la familia. Con frecuencia, clínicamente se tiene la impresión de que estos conflictos y pasiones familiares son más intensos —y menos desplazados— en la familia de pequeño núcleo, especialmente cuando solamente hay un hijo; pero son impresiones aún no probadas, según lo que yo conozco, para que puedan constituir generalizaciones seguras. En las familias mayores y más extendidas, un hijo posee el potencial necesario para realizar algunos aspectos de sus fantasías edípicas “progresivas” cuidando responsablemente de hermanitos más pequeños o de sobrinos. En las familias muy pequeñas esto es difícil, aunque adoptar niños tiene en parte una función similar.

Aunque Freud admitió que las actitudes de los padres tienen un papel en la conformación del complejo de Edipo —“la predilección natural ordinariamente hace que el hombre tienda a consentir a sus hijas pequeñas, mientras que su esposa se pone de parte de su hijo” [8], no analizó sistemáticamente o con gran detalle las pasiones edípicas *de los padres*. De hecho, relegó los celos irracionales y la crueldad que los padres son capaces de sentir hacia sus hijos a un “primitivo periodo” mítico en la historia [12]. Lo que principalmente examinó Freud fue el miedo que el niño tiene a ser castrado por el padre; se considera una especie de tabú examinar las actitudes *reales* consciente o inconscientemente celosas, crueles y castrativas (humillantes) que se suscitan en ambos padres durante las etapas preedípica (“autonomía”) y edípica del desarrollo del hijo. Si realmente este tabú se encuentra en los escritos de Freud, vendría a ser tan sólo un ejemplo de un tabú más general contra la revelación de sentimientos inaceptables y ambivalentes respecto a sus hijos. En los últimos años este tabú se ha roto, pero lo ha remplazado, en parte, un fenómeno catártico de víctima propiciatoria, según el cual los padres son continuamente culpados de la psicopatología de sus hijos. La razón subyacente de esta susceptibilidad frente a todo análisis de las actitudes inconscientes de la familia consiste en que este análisis revelará el básico sistema de poder, autoridad y prerrogativas —y los dolorosos conflictos concomitantes— sobre los que se apoya nuestra sociedad.

Se podría argumentar que cuando los padres, dentro de ciertos límites, prefieren a sus hijos del sexo opuesto, esta actitud reforzará la conducta heterosexual, biológicamente alentada, y contribuirá a la supervivencia de las

especies. Algunos autores psicoanalistas han ido aún más lejos al pedir que sean los padres quienes provoquen el complejo de Edipo por medio de seducciones eróticas y de otros tipos. Plantearlo de este modo no constituye una falsedad, es tan sólo una forma antitransaccional y reductiva de proponer el caso, puesto que también la seducción es un asunto mutuo.

Todos hemos sido testigos de cómo los límites extremos del espectro de la conducta de los padres en la constelación edípica pueden tener efectos nocivos en el desarrollo del hijo. No nos plantea un problema el juicio sobre ciertas formas excesivas de seducción como patógenas, especialmente cuando llevan al niño a la ilusión de una “victoria edípica”, y a “grandes esperanzas” irreales de realizarse con poderosas figuras seductoras en su vida futura. No representa problema reconocer, por otra parte, que una grave ausencia de afecto físico, de estímulo y miramiento personal hacia el hijo no ayudará a inducir en él el sentido de ser persona digna y merecedora de amor —y por ello capaz de amar a los demás. Nuestros juicios como terapeutas y padres chocan con dificultades en la posición intermedia de la conducta de los padres, en la que las incorrecciones no son muy obvias. ¿Cuándo una madre, dedicada a alentar el desarrollo de su hijo, se convierte en la madre que secretamente le ve como *su salvador* o *su genio*, ordinariamente en contraste despectivo respecto a su compañero adulto? ¿Cuándo el padre, que reacciona ante su preciosa hija rubia con un afecto teñido de erotismo, se convierte en el padre que necesita poseerla como si ella fuese su joya preciosa? Obviamente, depende mucho de las relaciones de los padres entre sí y de que tengan recursos de autoestima y satisfacción que se deriven de otras modalidades que no sean la posesión o control de sus hijos.

Al margen del problema de los límites de normalidad en la conducta de los padres, se pueden analizar las actitudes de los padres como *respuesta*, en parte, al particular grado de desarrollo de la familia. Podemos, por ejemplo, distinguir diversas formas en los efectos clínicamente comunes (y comúnmente reprimidos) *de la envidia y los celos de los padres hacia sus hijos*:

1) Envidia de la energía, exuberancia, juventud, esperanzas, capacidad de respuesta y simple potencial (poniéndonos en un extremo, por ejemplo, un Mesías potencial) del hijo, en cuanto se oponen a su capacidad de respuesta apagada, a su poder que se esfuma o a su depresión.

2) Celos y envidia de la fusión presimbótica del hijo con la madre durante el embarazo y en los primeros meses posnatales. También las madres pueden experimentar tales afectos cuando no logran identificarse como madres idóneas, sino que más bien se sienten como devoradas por el feto parásito y la lactancia. Para la madre después del parto el nuevo infante es la señal última e inflexible de que su propia niñez ha terminado. La emergencia a la consciencia de afecciones tan turbadoras puede ser excesivamente amenazadora para algunas madres y contribuir a la depresión después del parto y/o la repulsión del recién nacido. Los padres se han considerado como ajenos al místico “lazo de sangre” entre la madre y el feto o el infante, y pueden experimentar una sensación de alienación hacia sus esposas e infantes en este tiempo. No es raro que estos hombres busquen un nuevo amor —en la fantasía o activamente— en este punto del desarrollo de su familia o más tarde.



3) Celos del *lazo simbiótico* relativamente exclusivo del hijo con el otro progenitor, que ordinariamente, pero no siempre, es la madre. Esto se relaciona con la fase de relaciones físicas, enormemente próximas, de atención, estímulo y dependencia que hemos descrito anteriormente como el estadio simbiótico preedípico. Ya hemos advertido que el padre tiene un papel al propiciar la disolución de este vínculo simbiótico entre la madre y el hijo, ofreciendo al hijo un modelo con el que pueda identificarse y a la hija esa clase especial de amor que da valor a su femineidad.

4) Celos del hijo (o hija) al nivel del triángulo edípico, en el que el niño viene a ser experimentado como un verdadero rival en cuanto se refiere a los privilegios y prerrogativas *futuros* en relación con el otro cónyuge. Por ejemplo, el padre que no está seguro de sus propias prerrogativas respecto a su esposa, actuará como si su hijo usurpara sus poderes. El padre, en tales casos, con frecuencia tiene escasa consciencia o posibilidad de elección en esta materia; sufre de un legado de culpabilidad que viene desde su propia fase edípica, cuando no logró identificarse como un hombre que tenía derecho a su propia mujer. De ahí que no pueda tener confianza en su propia posición; se coloca en una posición semejante a la de su hijo y actúa más bien como un hermano mayor en relación con él.

Este ejemplo último nos recuerda el hecho de que, cuando un padre celoso suprime cruelmente la iniciativa de sus propios hijos, existe un segundo motivo, además de los celos personales, para obrar así. Este segundo motivo consiste en que cumplen el mandamiento (ahora interiorizado): "No tendrás prerrogativas indebidas en relación con tu madre ni desafiarás la autoridad del padre." El padre, en este caso, siente que anula a su hijo para el "propio bien" de este último, es decir, para evitar la terrible condena anunciada al usurpador edípico. El hijo, al no conocer aún este tabú, parece actuar de un modo imperdonablemente voluntarioso, desafiante y sacrílego. Por eso sus padres pueden repartir severos castigos con un continente de rectitud y un sentido del deber sagrado. Como en una ocasión dijo una madre: "Doctor, le pego y le pego, pero de nada sirve." Entre los tres y los cinco años se percibe un alarmante incremento de la incidencia del síndrome del niño golpeado.*

Existe un amplio grupo de mitos o leyendas relacionadas con el tema del joven héroe que desplaza al padre rival. El héroe es perseguido por el tiránico padre, que ha sido avisado de la inminente usurpación, y no raras veces la persecución asume la forma de intentos para destruir la vida del héroe inmediatamente después de su nacimiento (Jones [19]). Cuando el padre tiránico derriba al hijo-héroe rival, descarga un golpe, no tan sólo contra la continuidad de su propio poder personal, sino *contra la continuidad y santidad de la estructura del poder mismo*.

* Probablemente existen otras razones, también relacionadas, de este acontecimiento. Hacia la edad de dos años se da un periodo culminante en la incidencia de berrinches temperamentales asociados con obstinación y comportamiento desafiante. Aparte de la lucha por el poder introducida así por el "periodo de autonomía", existe el problema de que los padres lleguen a "contagiarse" de la intensa expresión de afectos del hijo, por ejemplo, de la ira y el pánico.

El miedo de los padres al triunfo del hijo rival a veces se cumple trágicamente cuando uno de ellos y el niño forman una alianza que excluye al otro progenitor. Conozco varios intentos de suicidio —algunos consumados— de padres que se han sentido derrotados y eclipsados de este modo cuando sus hijos llegaron a la adolescencia, sin mencionar los divorcios y separaciones que, en parte, fueron el resultado de tensiones triangulares, no resueltas, en el seno de la familia. Dentro de las familias que viven bajo un mismo techo vemos con frecuencia la incapacidad de la unidad familiar para funcionar como un todo; hay, por el contrario, una tendencia a dividirse en unidades menores con el fin de evitar fricciones insoportables.

Se tuvo noticia del inicio de una reacción de celos en una madre cuando su hija de dos años lució una vistosa joya que ella había recibido poco antes, del padre, cuando la madre estaba dando a luz en el hospital. Cuando el padre reensartaba pacientemente las bolitas, que se habían salido de su hilo, la madre dijo con amargura: "Jamás hubieras hecho eso por mí. Además, Woolworth no era suficientemente buena tienda para *tu* hija; tuviste que ir a comprársela a una auténtica joyería."

Depende del grado de humor o grima que penetre en este sentimiento de los padres, potencialmente amargo, en qué medida puede un hijo experimentar realmente el peligro de dejar de ser amado, o hasta de ser digno de amor, cuando el "monstruo de los ojos verdes" anda revoloteando alrededor.

El hijo edípico quiere ser fuerte y eficaz como su padre y, es cosa natural, quiere las prerrogativas de su padre. El padre enérgico —que después de todo, aprecia sus privilegios con su esposa— puede en efecto reaccionar con una actitud firme, sin amenazas: "Ella es mi esposa y tu madre. Nuestros derechos y privilegios respecto a ella son muy diversos, aunque a cada uno de nosotros se le deben respetar esos derechos. Algún día tendrás una mujer propia y gozarás de ella, exactamente como yo hago." Aunque el hijo se ve frustrado en ciertas aspiraciones presentes, en un sentido estos derechos le son psicológicamente garantizados en el futuro si su identificación con el padre es esencialmente positiva (Lederer) [21]. Las actitudes y afectos "positivos" de los padres que actúan en favor del hijo son la empatía, la identificación parcial, la conformidad de los padres ante la aspiración de su hijo por llegar a ser autónomo y afirmativo y por sentirse digno de los derechos y privilegios, proporcionados al estadio de su desarrollo.* El padre que probablemente se verá menos amenazado por la competencia de su hijo, poseerá el suficiente respeto a sí mismo como para reconocer que gran parte de esta competencia

* Se afirma esto con la debida atención al hecho de que esa solución por parte de los padres al problema edípico mantiene el sistema de poder y privilegios familiar y social, tal como estaba. Solamente con cambios fundamentales en la estructura básica de la economía y el poder podría esperarse encontrar una solución adecuada en orden diferente para el problema edípico. Los "hippies" en San Francisco, por ejemplo, tratan, como diversos grupos antes que ellos, de derribar el sistema de relaciones de poder y unidades familiares y de introducir una forma de vida y amor comunitario.



se deriva básicamente de la admiración de su hijo y del intento de emularle o igualarle. Sin embargo, también hemos de admitir aquí que se conoce menos sobre el desarrollo detallado de estos afectos “positivos” de los padres, que sobre sus contrapartidas “negativas”.

Cuando las prohibiciones del padre son excesivamente celosas, angustiadas o defectuosas, intimidará al hijo en su búsqueda de “derechos” futuros y al mismo tiempo provocará actitudes crónicas y a veces contraproducentes de desconfianza frente a toda autoridad —a veces inclusive la “autoridad de la realidad”. El niño edípico se enfrenta con la tarea importantísima de integrar sus nuevos afanes de afirmación, de intrusión y exhibicionistas con la necesidad aún presente de depender de sus padres en cuanto a protección y sostén. Como es inclinado a subir agresivamente hasta las estrellas, con no poca frecuencia cae, ya sea por lo poco realistas que son sus ambiciones o porque sus autoridades o sus mismos compañeros lo rebajan. El miedo a *ser mutilado corporalmente o psicológicamente humillado* llega a estar dotado de significado intercambiable y la castración se convierte en un símbolo primario que condensa ambos temores. Por sentirse el niño tan eminente y por ser su autoestima aún tan frágil, experimenta la humillación repentina como una mortificación de su yo; y no existen límites —en la fantasía o en la acción— a los que pueda llegar para restablecer su desprestigio.

En suficientes y repetidas dosis, estas respuestas vergonzosas y humillantes a un niño bastante sensible provocarán una inhibición perdurable de la iniciativa, que puede tener hondas consecuencias caracterológicas y psicológicas, inclusive la impotencia genital. Más aún, nada hay —como hemos podido ver recientemente en los sucesos políticos del Medio Oeste— que estimule tanto las fantasías de grandeza y venganza como la experiencia de la humillación. Una impresión clínica es que, cuando es la madre la que principalmente humilla, los efectos son devastadores; pero es difícil considerarlo como generalmente verdadero, ya que son muchas las variables implicadas en tales afirmaciones. La tesis de Fromm [15], que los hombres temen especialmente la castración de las madres, porque la madre es la original proveedora de euforia, podría aplicarse aquí, ya que precisamente frente a los que más confianza nos han merecido estamos menos defendidos y por ello somos susceptibles al trauma.

Otro tipo de reacción ante el reto del hijo edípico se percibe con frecuencia en padres que clínicamente son conceptuados como “débiles” y “pasivos”. Estos padres se sienten excluidos de la simbiosis madre-hijo y, en vez de competir con el hijo, se apartan de la lucha triangular, con frecuencia identificándose inconscientemente con el sentimiento del hijo de “tener exclusivo derecho” sobre su madre, y animándolo. Si el hijo no tiene que elaborar la relación triangular, sino que se le deja con un sentimiento de fácil triunfo sobre su padre, puede enfrentarse con un conflicto de ligadura doble. Por un lado, no logra desarrollar un sentido adecuado de la realidad social, sintiéndose con derecho a vencer pasivamente a su rival; por otro, en la medida en que se ha identificado con su padre —el perdedor—, padece un sentimiento de culpabilidad cuando se afirma activamente a sí mismo en toda situación de competencia en que pueda vencer.

Con no poca frecuencia puede percibirse una serie de actitudes de algún modo relacionadas en las madres “demasiado buenas”. Tales madres, en verdad, toman el modelo de la primitiva relación simbiótica como una promesa que hubieran hecho para la vida. Sufren gran angustia y culpabilidad si frustran a sus hijos en relación con los lazos primitivos y son extremadamente vulnerables —en realidad con frecuencia temerosas— a los reproches de sus hijos en este aspecto. Los hijos, desde luego, husmean esta vulnerabilidad y la explotan al máximo, probando si tiene límites y dónde están. La situación a la que nos referimos, no es la psicosis simbiótica completamente declarada, sino una versión diluida que con frecuencia se revela en los niños clínicamente en la forma de problemas de separación, fobias escolares y violentas luchas por el control de la persona central en sus vidas, una lucha que reaparecerá más tarde en sus viscosos matrimonios sadomasoquistas.

Aunque hemos examinado algunos ejemplos de interacción entre el hijo edípico en su estadio particular de desarrollo del ego, y el progenitor en su estadio edípico de desarrollo familiar, obviamente siguen en pie algunos graves problemas metodológicos para clasificar estas dos series de variantes y sus interacciones mutuas. Una dificultad es que, durante el periodo de los tres a los cinco años, el hijo construye un rico mundo interior fantástico de dramatización familiar que no es una simple réplica de su propia familia “real”, mensurable con algún sistema de valuación objetiva. En parte experimenta a sus padres por los ojos de su mundo psíquico interior y, en realidad, hasta evoca algunas respuestas de sus padres, específicamente porque intenta un *acting-out* de su mundo interior en sus relaciones “externas” con ellos. Por ejemplo, si un niño sueña que su madre es una bruja perversa, puede comportarse con ella esa mañana como si fuera una bruja perversa, conducta que tiene buena ocasión de evocar confirmativamente una conducta de “bruja perversa” en la madre. Tal vez solamente el progenitor excepcional puede estar relativamente inmune ante estas “proyecciones” del mundo interior del hijo sobre ellos. Los padres no son santos; los padres son vulnerables y están afectados por la presión intensa a que el hijo los somete. Pero también serán capaces de reconocer que no son “ellos mismos” cuando están “poseídos” por una dramatización de brujas o monstruos y ofrecerán la saludable protección y la objetividad que el hijo necesita en esos momentos.

Los ambientalistas —cierto, con correcciones impuestas por la historia— tienden a explicar el mundo interno del hijo tan sólo en términos de realidad ambiental recibida, sin reconocer suficientemente las grandes diferencias en sensibilidad, capacidad y cualidad de elaboración fantástica que caracteriza a los niños en cada caso. Por ejemplo, la característica de agresividad destructiva de la fantasía vital de algunos niños no parece tener una sencilla relación con la agresividad que recibe de sus padres, sino más bien parece relacionarse con el talento del niño para inventar situaciones amedrentadoras. Otros orígenes de la agresividad han de encontrarse por medio de la observación e investigación, bien sea en umbrales bajos de frustración o dolor, o en las diferencias individuales en cuanto a la propensión a la agresión o a la angustia. Pero la tarea no terminará ahí porque el individuo, aún únicamente con sus diferencias de apresto, crece en un campo de transacciones



constantes entre lo intrapsíquico y lo interpersonal. Lo que necesitamos, idealmente, es investigar la dinámica transaccional de dos o tres generaciones entrelazadas, percibir la dinámica en una secuencia temporal del desarrollo del ego y de la estructura social de cada generación. En la práctica, necesitamos las ventajas que ofrecen muchas formas de investigación, incluyendo psicoanálisis simultáneos de hijos y de sus padres, como también la observación directa de la familia en conjunto, para comenzar a alcanzar este objetivo.

RESUMEN

Hemos examinado algunos aspectos de la emergencia y resolución de la fase edípica en el desarrollo humano, desde dos puntos de vista:

1) El desarrollo cognoscitivo-afectivo del niño a medida que avanza desde la unidad social simbiótica de dos personas hacia el mundo interpersonal edípico, esencialmente triangular.

2) La respuesta de los padres y la respuesta familiar al desarrollo señalado arriba, de los padres, cuando surgen los conflictos del hijo edípico.

Se analizó el mundo psíquico del hijo desde los puntos ventajosos de sus representaciones cognoscitivas de este mundo, como también desde las respuestas afectivas que manifiesta en relación a sus deseos y desilusiones. Se hace evidente que, en la vida psíquica real del individuo, los desarrollos cognoscitivos y afectivos no son algo aparte, sino que son parte y porción de un proceso integrado que puede producir "actitudes del ego" más o menos estables y adaptadas, que representan fusiones de lo que ordinariamente se analiza por separado como respuestas "cognoscitivas" y "afectivas". Los deseos, logros y desilusiones tan sólo tienen sentido si hablamos de ellos en términos de etapas específicas de desarrollo, caracterizadas por concepciones, relativamente específicas según su etapa, del mundo personal e interpersonal.

La primera sección del trabajo describió el desarrollo del vínculo del hijo con la madre y la evolución de las concepciones, respuestas afectivas y sucesivas actitudes del ego del infante a medida que avanza desde la etapa simbiótica, en exceso exclusivista, hacia la fase edípica. El cambio hacia la capacidad de concebir y experimentar verdaderamente el mundo triangular interpersonal se considera un paso definitivo para dominar la realidad social, pero también como una fuente de actitudes intensamente cargadas y, de modo potencial, crónicamente cargadas de afecto, que pueden distorsionar para siempre su experiencia de la vida, como son desilusión, celos, sentimiento de ser traicionado, reproche crónico del amado y una tendencia a vengarse y a sufrir el miedo a la ley del talión.

La curiosidad y admiración del hijo por su familia y el ciclo de la vida, se manifiestan a través de la exploración intelectual, la fantasía y la actuación dramática. Se consideran estas actividades como medios por los cuales el hijo comienza a dominar los conflictos y el sentimiento de derrota que podría experimentar en el triángulo edípico. (Son también actividades que están en la raíz del arte y de la ciencia.) Se ofrece material anecdótico de fuentes clínicas y no clínicas para aclarar aspectos de la vida psicológica íntima del

hijo; por ejemplo, sus actitudes frente a la familia, el matrimonio, la rivalidad, el futuro y la muerte. A través de la fantasía y la dramatización —incluyendo identificaciones selectivas— percibimos intentos de integrar y satisfacer al mismo tiempo, los anhelos regresivos y progresivos.

La relación del niño con su padre fue reseñada con especial acento sobre el padre *a*) como modelo de la forma en que uno se separa de la madre y *b*) como una fuente de admiración, envidia y celos (afectos que hemos visto inextricablemente relacionados entre sí). El significado "positivo" del desarrollo progresivo de las aspiraciones edípicas se pone de relieve en contraste con las implicaciones exclusivamente neuróticas de estas aspiraciones.

Se han presentado algunas aportaciones de las actitudes de los padres a la constelación edípica, con ejemplos particulares de la rivalidad y celos de uno de los padres hacia el vínculo de desarrollo —específico de la etapa— del hijo con el otro progenitor. Tratamos de explorar brevemente algunos caminos para la solución de los conflictos edípicos poniendo de relieve la compleja naturaleza transaccional del juego recíproco de fuerzas intrapsíquicas e interpersonales, de la que dependen los resultados relativamente saludables o patológicos de la fase edípica.

REFERENCIAS

- [1] Benjamin, J. D., "Further Comments on Some Developmental Aspects of Anxiety". En *Counterpoint: Libidinal Object and Subject*, ed. H. S. Baskill, Int. Univ. Press, Nueva York, 1963.
- [2] Bettelheim, B., "Are Parents Necessary?" *New York Review of Books*, núm. 7, octubre 6 de 1966.
- [3] Biber, B., "Play in Children". Discurso pronunciado ante la William Alanson White Psychoanalytic Society, Diciembre de 1960.
- [4] Bowlby, J., "Presentation of a Film and Discussion" (James Robertson: "A Two Year Old Goes to Hospital"). En *Discussions on Child Development*, J. M. Tanner y B. Inhelder, eds. Int. Univ. Press, Nueva York, vol. 2, 1954, p. 216.
- [5] Erikson, E. H., *Childhood and Society*. Norton, Nueva York, 1950.
- [6] Escalona, S. K., "Emotional Development in the First Year of Life". *Problems of Infancy and Childhood*, M. Senn, ed. Foundation Press, Packanack Lake, N. J., 1963.
- [7] —, "Patterns of Infantile Experience and the Developmental Process". *Psy. Study of the Child*, Int. Univ. Press, núm. 18, 1963, p. 197.
- [8] Freud, S., *La interpretación de los sueños*. En *Obras completas*, Ed. Biblioteca Nueva, Madrid, 1948, vol. I, pp. 231-581.
- [9] —, "The Passing of the Oedipus Complex" (1924). *Collected Papers*, vol. 2, Hogarth Press, Londres, 1950, p. 273.
- [10] —, "Some Psychical Consequences of the Anatomical Distinction between the Sexes" (1925). *Standard Edition*, vol. 19, Hogarth Press, Londres, 1961, p. 243.
- [11] —, "Female Sexuality" (1931). *Collected Papers*, vol. 5, Hogarth Press, Londres, 1950, pp. 253-270.
- [12] —, *Nuevas aportaciones al psicoanálisis* (1933). *Obras completas*, Editorial Biblioteca Nueva, Madrid, 1948, pp. 787-873.
- [13] Fromm, E., *The Art of Loving*. Harper, Nueva York, 1956.
- [14] —, *The Forgotten Language*. Rinehart & Co., Nueva York, 1951, pp. 196, 213.
- [15] — *et al.*, "The Oedipus Complex: Comments on 'The Case of Little Hans'". *Contemporary Psychoanalysis*, núm. 4, 1968, pp. 178-188.



- [16] —, *You Shall be as Gods*. Holt, Rinehart and Winston, Nueva York, 1966, pp. 17-62.
- [17] Harlow, H. F. y M. K. Harlow, "The Effects of Rearing Conditions on Behavior". *Bulletin of the Menninger Clinic*, núm. 26, 1962, p. 213.
- [18] Horney, K., "On the Genesis of Castration Complex of Women". *Int. J. Psa.*, núm. 5, 1924, p. 50.
- [19] Jones, E., *Hamlet and Oedipus*. Anchor Books, Doubleday, Garden City, N. Y., 1949, p. 148.
- [20] Klein, M., *Envy and Gratitude*. Charles Birchall, Londres, 1962.
- [21] Lederer, W., "Dragons, Delinquents and Destiny—An Essay on Positive Superego Functions". *Psychol. Issues*, monogr. 15, Int. Univ. Press, Nueva York, 1964.
- [22] Mahler, M. y B. Gosliner, "On Symbiotic Psychosis: Genetic, Dynamic, Restitutive Aspects". *Psa. Study Child*, núm. 9, 1955.
- [23] Moulton, R., "A Re-evaluation of Penis Envy". Pronunciada ante un Congreso de la Assoc. for Psa. Med., 1966.
- [24] Murdock, G. P., "The Universality of the Nuclear Family". En *A Modern Introduction to the Family*. N. W. Bell y E. F. Vogel, eds. Free Press, Glencoe, Ill., 1962, p. 37.
- [25] Rheingold, H., "The Effect of Environmental Stimulation Upon Social and Exploratory Behavior in the Human Infant". En *Determinants of Infant Behavior*, vol. I, B. M. Foss, ed. Wiley & Sons, Nueva York, 1961.
- [26] Sander, L. W., "Adaptive Relationships in Early Mother-Child Interaction". *J. Child Psychiat.*, núm. 3, 1964.
- [27] Schaffer, H. R. y P. E. Emerson, "The Development of Social Attachments in Infancy". En *Monographs of the Society for Research in Child Development*, núm. 29, Antioch Press, Yellow Springs, Ohio, 1964.
- [28] Schecter, D. E., "Identification and Individuation". *J. Amer. Psychoanal. Assoc.*, núm. 16, 1958, pp. 48-80.
- [29] Schecter, D. E., M. Symonds e I. Bernstein, "Development of the Concept of Time in Children". *J. Nerv. & Ment. Dis.*, núm. 121, 1954, p. 301.
- [30] Spiro, M. E., "Is the Family Universal?—The Israeli Case". En *A Modern Introduction to the Family*, N. W. Bell y E. F. Vogel, eds. Free Press, Glencoe, Ill., 1962, p. 64.
- [31] Spitz, R. A., *No and Yes*. Int. Univ. Press, Nueva York, 1957.
- [32] Sullivan, H. S., *Interpersonal Theory of Psychiatry*. Norton, Nueva York, 1953.
- [33] Thompson, C., "Some Effects of the Derogatory Attitude Toward Female Sexuality". *Psychiatry*, núm. 13, 1949.
- [34] Wolff, P., "Observations on the Early Development of Smiling". *Determinants of Infant Behavior*, vol. II, B. M. Foss, ed. Wiley & Sons, Nueva York, 1963, p. 113.

LAS DEPRESIONES Y LA SITUACIÓN FEMENINA *

Rose Spiegel

LA DEPRESIÓN, como experiencia particular de todos los humanos y también como una enfermedad emocional específica, no respeta edad, sexo, raza, religión, condición social, tipo de personalidad ni talento. Mas, dentro de esta extensa ocurrencia de las depresiones, parece perfilarse un grupo que nos permite, por lo menos, enfocar el tema: es el grupo de las depresiones en las mujeres. ¿Es ésta tan sólo una invención semántica o existe una cualidad intrínseca que permite la delimitación de este grupo?

Fui invitada a participar en estos seminarios para discutir las depresiones premenstruales, las que ocurren después del parto, las de la menopausia y las premaritales. Los tres primeros fenómenos depresivos sugieren un contexto fisiológico mientras que la última depresión indica la ausencia de un estado sociológico: el matrimonio. En mi opinión, esta combinación bastante complicada está unificada en cuanto que sólo refleja dimensiones diferentes de la mujer como una persona psicósomática, arraigada en una cultura, y de un sexo y sexualidad particulares. Estos aspectos están ligados, por muy fortuita e inevitablemente que sea, con la vida de la mujer, por lo que propongo unificar tales variantes bajo el término "situación femenina". Esto nos permite utilizar nuestros conocimientos sobre el sexo y la sexualidad femeninas, las relaciones intrafamiliares y cualquier otra experiencia interpersonal de la joven, y el ambiente sociocultural de la joven y la mujer, para nuestro examen de los elementos depresivos que afectan a las mujeres. Sin embargo, a fin de evitar el peligro de incurrir en reducciones, emanantes de nuestro enfoque exclusivo sobre la mujer, debemos tener en mente que las depresiones son parte de la condición humana general, y no caer en la suposición de que necesariamente se limitan al "segundo sexo". En efecto, si hablamos de una "situación femenina", ¿por qué no hablar también de una "situación masculina"?

Aunque clínicamente las depresiones femeninas que suceden al parto han atraído siempre la atención debido a su peligrosidad para la madre y el niño, se sabe que dichas depresiones ocurren también en los hombres, aunque en una forma más encubierta y sutil. Es decir que más allá de los acontecimientos fisiológicos directos concomitantes a la experiencia del parto, operan poderosos elementos significativos emocionales en ambos padres. Otro par de modos depresivos, antitéticos pero vinculados, se dan en las mujeres y los hombres en sus últimos años de madurez. Aunque las mujeres experimentan la menopausia en una forma más aguda, a veces con la autolaceración de la depresión involutiva, los hombres también son vulnerables a una experiencia depresiva,

* De un simposio sobre la sexualidad femenina, mayo de 1967.

